



EX LIBRIS

LUMBRE

Hernán Ronsino

LUMBRE



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

Ronsino, Hernán
Lumbre. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Eterna Cadencia Editora, 2013.
288 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1673-99-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.
CDD A863

© 2013, Eterna Cadencia S.R.L.

© 2013, Hernán Ronsino

© 2013, Pocha Silva, de las fotografías del interior

© 2013, Vito Rivelli, de la fotografía de solapa
www.facebook.com/phvito

Primera edición: julio de 2013

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com

ISBN 978-987-1673-99-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o electrónico,
sin la autorización por escrito de los titulares del copyright.

A Catalina

Recordar una cosa significa verla
–solamente ahora– por primera vez.

CESARE PAVESE

Tuvimos un gran árbol.

CARLOS MASTRONARDI

LA LLEGADA

1. LA VACA

Me entero por el Viejo. Llama temprano a Buenos Aires y me dice, con una voz cansada, que se murió Pajarito Lernú. Dice que fue ayer a la noche. Encontraron el cuerpo hundido en un zanjón, en el camino de tierra que lleva al cementerio. A la madrugada dos policías aparecieron en su casa para darle la noticia y pedirle que fuera a reconocer el cuerpo –uno de los canas era el muchacho de Cejas y, parece, estaba borracho–. Dos locos, dice el Viejo, a esa hora, los eché. Pero cuando volvió a la pieza, una angustia insoportable se le clavó en el pecho. Y así quedó, esperando que la claridad entrara por la ventana para llamarme. Ahora dice que me necesita. Y después cuenta, por fin, que, unas horas antes de morir, Pajarito Lernú me regaló una vaca. Es un animal lastimado, dice. Se lo robó al Negro Soto.

Antes, acá, terminaban los trenes. Después de doce años, cuando el sol se acuesta atrás del edificio del Munich, regreso en micro a la estación Norte. Primero se ve una luz y una forma que se imponen en el aire como una orden. Después, en esa luz, camino rápido las dos cuadras hasta la casa del Viejo. La luz bordea los edificios amputados.

Y la forma espacial esconde una fuerza que arrasa. Ejerce sobre el cuerpo una presión semejante a la que padecen, por ejemplo, los satélites. Esa fuerza absorbente de los planetas. Esto es así: la captura del paisaje. Entonces toco timbre y espero. Se oye ladrar un perro. Y enseguida una voz que calma al perro y le pide se vaya al patio; al patio, le dice. La voz del Viejo se escucha sin la amplificación del teléfono. Es una voz suave y agradable. La última vez que lo vi fue hace dos meses cuando viajó a Buenos Aires. Ahora tarda en abrir el portón de madera porque le cuesta un poco destrabar la puerta del marco; dice que se hincha. Cuando me abraza, haciéndome doler los huesos, me habla despacio al oído: Hijo querido, dice.

Nos sentamos en el patio, bajo la sombra del nogal. El Viejo ceba los mates. Y ese perro, Rainer, inquieto, no deja de mirarme. Hablamos de Héléne Bergson; de la muestra que está por inaugurar. Y digo que la cosa con los guiones anda difícil. Ahora no importan las tramas, los climas, más bien se fabrican mitologías personales, golpes de efecto, digo. Entonces, después de un silencio, pregunto: Qué se sabe. El Viejo, serio, apunta la pava en el mate. Y, cuando me lo estira, dice apretando los labios: Nada. A partir de ahí, como si nos pusiéramos de acuerdo, ninguno saca, abiertamente, el tema de Pajarito Lernú. Más bien, damos vueltas alrededor y así nos vamos midiendo. El Viejo me enseñó a no ser explícito. Es necesario construir los silencios. Esa es una buena forma de *decir*, dijo alguna vez. Por eso después le pregunto por Josefina Argüello y el dolor en la espalda que lo maltrata por las noches. Bien, dice. Y despacha con esa palabra los dos temas. ¿Vos?, cuándo te vas, me pregunta torciendo la charla. Recién llego, digo sorprendido. Ya sé, dice, sabés que me gusta que estés acá. Ahora se toma dos mates mirando la pared

blanca que da al Museo Histórico y cuando la bombilla rezonga dice algo de unos libros que Córdoba tiene para mí. Entonces ordena que ya es tiempo, que tenemos que salir. Levanta la pava y el mate. El perro se inquieta estirando la cadena hasta el límite. El Viejo cierra la puerta del patio, apaga las luces y salimos por el portón de madera. El perro ladra. Ya está oscureciendo y empezamos a caminar para la zona de la Glaxo. Adónde vamos, pregunto. A ver ese animal, dice.

Hace tiempo, en el cable, vi fragmentos de un documental. Y lo que vi me desenterró –como un hueso incrustado en la tierra– una percepción, latente, amasada por los años pero nunca dicha hasta ese momento. Durante los días siguientes esperé descubrir la repetición de las imágenes. Quería ver la totalidad del relato. Había algo, ahí, en el tono y el paisaje, que me interpelaba. Pero no tuve suerte. Desde entonces cada vez que miro televisión espero encontrarme, otra vez, con esa historia. Nunca pude saber el nombre del documental. Se supone que era de finales de la década del noventa. Porque se hablaba de una guerra civil, Croacia por ejemplo. Por lo tanto, estaba frente a un puñado de imágenes que mostraban a un hombre, el entrevistado, y una cámara que lo seguía en una recorrida en auto por su ciudad natal. El hombre viajaba en el asiento trasero, junto a la ventanilla. La noche profundizaba la deformación del paisaje: brotaban edificios en ruinas, tal vez por esa guerra de la que hablaban. También podía ser Rusia, alguna parte desmembrada de la vieja Unión Soviética. De a ratos trataba de adivinar el nombre y la actividad del tipo (¿un sobreviviente?). Y el lugar. Por momentos pensaba en alguna ciudad de Rusia. Entonces el auto se detuvo en una esquina. La cámara mostraba al hombre intentando encender un cigarrillo. Trató dos

veces. Ahuecaba la mano para impedir que el viento le apagara el fuego. Pero no podía. Recién en el tercer intento lo logró. Y antes de que el auto arrancara de nuevo, apenas, de fondo, apareció la silueta de una vaca, pastando, entre las ruinas de un edificio. Entonces el hombre, en movimiento, con el recuerdo de esa vaca en los ojos, largando una bocanada de humo, dijo algo que yo leí en letras blancas y a la velocidad que pasan los subtítulos; y que, a pesar de la fugacidad, se me grabó con la contundencia del fuego: Cada pedazo de pared de esta ciudad lleva, como una piel, las huellas de mi historia.

Caminamos, ahora, por el barrio Fonavi. Desde que se construyó, sobre los terrenos ferroviarios, el barrio se deteriora, silencioso. Se va cubriendo de capas que se montan unas sobre otras, componiendo suelos, planos sedimentados que ocultan el tiempo, las horas viejas. Eso parece. Un puñado de casas iguales, avejentadas y colmadas de chicos y perros en las escaleras; chicos que juegan o lloran o buscan el peligro; chicos que nos miran como si fuéramos extraños. Entonces el Viejo me pide un pucho. Lo prende debajo de un foco de luz, rodeado de cotorras y mosquitos. A la altura del molino alguien lo reconoce y le grita: Chau, Bicho. Chau, contesta el Viejo, componiendo una voz firme y contundente. Después señala un punto en el cielo y dice: Los van a demoler. Habla de los silos del molino Bunge. Enfrente, la grúa, quieta, sostiene una bola de acero enorme. Se oyen grillos. El descampado trae un olor a frescura, a pasto recién cortado. Entusiasmado, tal vez por el aire de campo y por el gusto del tabaco en la boca, el Viejo dice: Mirá. Y señala un bulto que se mueve entre los pastos del baldío.

En ese baldío, antes, se cruzaban los rieles. Desde el tanque del Agua Corriente, por ejemplo, se veía, en el suelo, un dibujo enrevesado y complejo. Era la zona de maniobras y galpones. Y en el centro de la madeja se levantaba una garita pintada de rojo que permitía el cambio de vías: algunas entraban por el corredor principal para terminar en la estación Norte. La garita tenía tres palancas inmensas. De noche, cuando se cortaba la luz o había una tormenta fuerte, me gustaba meterme en ese pequeño sucucho y, por la apertura de los terrenos, ver con claridad la hondura del cielo. Ahora es una parte del corralón municipal. Y a lo oscuro parece, más bien, el comienzo del campo. Una sábana negra que se mueve flotando en el aire. Y entre los pliegues de esa sábana negra, que flota, destellan los movimientos, el brillo leve del animal. El Viejo se entusiasma y cruza la zanja dando un salto largo. La garita estaba en una especie de isla, o península, o entrepierna femenina, como decía el Gordo Montes, y ahora esa pequeña entrepierna está rodeada por zanjas que arrastran líquidos jabonosos. Saltá, grita el Viejo del otro lado. Yo tomo enviñón, siento que no lo voy a lograr pero salto. Cruzo la zanja. Una parte del borde se desmorona. La tierra está muy seca. Hace rato, dicen, que no llueve. El cuerpo del Viejo, ahora que estamos adentro de la entrepierna, se mueve en la penumbra, aplastando el pasto, rodeando al animal. El animal está quieto y mira el suelo, pero de costado mantiene la atención en cada paso que damos.

Ahí, donde estaba la garita pintada de rojo, ahora, hundido en la tierra, sin ruedas, está el chasis quemado de un micro, un Chevallier. El Viejo entonces putea mientras acaricia el lomo del animal, putea porque dice que ni siquiera fueron capaces de dejarle un balde con agua. Pobre animal, dice, al rayo del sol toda la tarde. Tocá, mirá, está hecho un

fuego dice. El fuego, cuenta después, lo empezaron los pasajeros. El Chevallier llegó a la estación de colectivos cerca de las diez de la noche. Había salido a las once de la mañana de Retiro. Y cuando entró en la plataforma de la estación Norte, el motor dejó de funcionar. Para mí era el gasoil, dice el Viejo. Los choferes se metieron en la sala de encomiendas y no dijeron nada. Había gente que viajaba hasta Trenque Lauquen. Tuvieron mucha paciencia. Quince minutos después del arribo, un tipo vio que los choferes subían a un auto y se iban a la mierda. El colectivo había quedado varado. Y sin responsables. La ventanilla que despachaba pasajes también había cerrado: la mujer que la atendía manejaba el auto que se llevaba a los choferes. Entonces el fuego empezó en una butaca del fondo. Fue creciendo de manera ordenada. Hasta que tomó el techo, el plástico del techo y una nube negra prevaleció un buen rato sobre las llamaradas. Por eso digo, dice el Viejo, que para mí se habrían quedado sin gasoil, si no, hubiera explotado todo. Serían doce o trece. Cuando la nube negra se levantó en el cielo enseguida empezaron a llegar de otros lados, en moto, en bicicleta. Apareció el móvil del diario. Molina sacó una foto que después apareció en la tapa de *La Verdad*. Eso fue a fines de diciembre, a la noche. La gente se sumó al incendio y, en lugar de sofocarlo, lo alimentaba. Parecía una fogata, eso. O un animal atrapado, lamido por el ardor del mundo. La sirena de los bomberos no sonó nunca. Tampoco apareció la cana. El colectivo ardió hasta las ocho de la mañana. Estuvo cerca de dos meses, ahí, quemado. Sin que nadie lo moviera. Como un resto fósil. Hace unos días una cuadrilla municipal lo arrastró hasta acá. Quedó un aro de fuego, negro, marcando el cemento de la estación, en la plataforma donde paran los micros.



Entonces le pregunto al Viejo quiénes son. Quiénes son qué, dice mientras busca un tacho entre los fierros quemados del Chevallier. Los que tienen que darle agua, aclaro. La policía, dice hundiendo la mano entre los restos chamuscados. La vaca está amarrada a una ventanilla del micro. Y por eso solo se puede mover unos metros, dos o tres metros para cada lado. Durante el día, el micro le da un poco de sombra, pero es una sombra precaria, una franja delgada que debe achicarse o alargarse a medida que el sol se mueve. Imagino los breves y bruscos movimientos de la vaca, en plena tarde, tratando de permanecer en esa zona sin sol.

Ahora el Viejo vuelve a saltar la zanja. Cae, del otro lado, un poco desestabilizado. Se escucha un quejido, una puteada. Le pregunto si está bien. Y me contesta con un susurro que no entiendo. Pero, de todos modos, al tacho que encontró en los restos del micro lo sigue sosteniendo con fuerza. Después se acomoda la ropa y enfila, rengueando, para el foco de luz más cercano. La casa del Gordo Montes. El Gordo tarda un rato en abrir la puerta. Y cuando lo

ve al Viejo se conmociona, lo abraza. Están rodeados por ese foco que alumbra torcido en el porche. Al Viejo se le nota incómodo, tratando de frenar el impulso desbordado del Gordo que quiere hacerlo pasar, invitarlo con un trago. Che, pero qué alegría, Bicho, dice. Y el Viejo, después que pasa toda esa explosión emotiva, le dice que necesita agua. Agua, dice, y le estira el tacho que encontró entre los fierros. Por eso, ahora, se meten en la casa y un perro manso, bajo la luz del porche, contempla la noche.

Antes, cuando llovía o se cortaba la luz, me gustaba meterme en la garita pintada de rojo y, así, dejarme deslumbrar por la inmensidad del cielo y sus tormentas. Ahora esto es apenas un baldío, rodeado por zanjas con aguas servidas. Un punto impreciso en el devenir de la noche. Entonces decido rodear esa vaca, como se rodean las inquietudes con preguntas. La vaca, que percibe mis pasos y espera, ni siquiera mueve la cola para espantarse las moscas. Espera. Desato la sogá que la amarra al micro. Y la suelto. La vaca que Pajarito Lernú me regaló unas horas antes de morir, da dos o tres pasos, se aleja del micro un poco más de lo que podía. Pero después se detiene. Hunde la cabeza en el suelo para arrancar pedazos de pasto. Y así se queda, silenciosa, masticando en la oscuridad.

PRIMER DÍA
2 DE MARZO
2002

2. LAS VUELTAS DE LUNA

Anoche, el Gordo Montes le dijo al Viejo que no nos gastemos, lo que pasó con Pajarito no lo vamos a saber nunca. El Viejo dice que lo miró de costado, el Gordo bombeaba para cargar agua en el tacho, y le preguntó si sabía algo. Qué sabés, dice que le dijo. Y el Gordo Montes, un poco transpirado, subiendo y bajando la manija de la bomba, murmuró: Nada, es un decir. El Viejo lo cuenta recién ahora, mientras entramos al club Cerámica. Es la mañana del sábado y elegimos la mesa que da a la calle. El Viejo espera, porque así lo acordaron, a Sebastián Prado. Un muchacho que es periodista de la televisión local y, según parece, tiene información sobre Pajarito. Dice si me acuerdo de él. Porque Sebastián estaba entusiasmado con la idea de verme. Le digo que no. Que no me acuerdo. Pero el Viejo reacciona alarmado y dice: Cómo que no. Sebastián Prado. El padre tenía la bicicletería Prado, en el centro. Hago fuerza pero solo recupero la imagen de una bicicleta dada vuelta, las ruedas apuntando al techo y los pedales, levemente, girando en el aire. Igual arriesgo: ¿Atrás de la iglesia? Y el Viejo asiente, más tranquilo. Pero en realidad la imagen de esa bicicleta dada vuelta perdura, inmutable: las ruedas ahora, también, se mueven en el aire bajo una luminosidad opaca

y, desde el fondo, una sombra, como un manchón, trepa sobre la figura silenciosa de Sebastián Prado.

El club está abandonado. Y el bufé, desierto. Abajo del cuadro del equipo campeón hay apiladas unas sillas de plástico. Y en un rincón, junto al mostrador, un tipo acaricia la guitarra encintada con tiras negras. Le faltan cuerdas. Y el tipo, mirando el suelo, los mosaicos sucios, ejecuta notas sueltas. Pero toca como si no estuviera, o, mejor, como si no tocara. Es canoso. Y después de habernos atendido, después de haber pasado ese trapo sucio sobre la fórmica y de espantar algunas moscas, arrastra las alpargatas hasta nuestra mesa para pedir un pucho. Y cuando se va nos deja algo: un detalle que nos descoloca y, a la vez, lo ubica en el tiempo; deja, el tipo, un olor a perfume que lo protege, un olor que lo salva en el recuerdo de toda esta mugre desvanecida. Porque, por ejemplo, sobre el rostro de Sebastián Prado –el rostro que trato de recordar y que, según cuenta el Viejo, se trata de un compañero mío de natación, del club Racing– se va tejiendo un follaje espeso y profundo. Un follaje que le va ganando espacio al recuerdo. Recordar es construir un camino que, a fuerza de insistencia, de pisadas, va quedando grabado en la tierra. Pero el follaje avanza, espeso, cuando hay descuido y, entonces, impide que coincidan, como en este caso, el nombre de Sebastián Prado y su cara –esa cara– diluida en la neblina del pasado. El follaje teje velos. Y se devora, sin tregua, la senda hecha a fuerza de insistencia. Me dan ganas de compartir esta idea con el Viejo. Pero algo parecido le empieza a suceder a él, después de darle fuego al cantinero. El tipo, junto al mostrador, se vuelve a montar la guitarra sobre las piernas y larga el humo hacia el techo del club. Y antes de tocar dibuja con las manos, sobre las cuerdas, un círculo, como ejercitando los dedos, ablandándolos. Mientras el Viejo,

conmovido, dice que cómo es posible. Fijate, dice, tiene un gesto. Cuando le doy fuego el resplandor se lo acentúa. Un gesto duro abajo del pómulo, como el de esos autos antiguos que llevan paragolpes metálicos, ¿te das cuenta?, paragolpes que le dan una mueca al auto, que lo mantienen en el tiempo con un perfil, con una estampa. Hay algo, dice, abajo del pómulo, fijate, como si fuera el paragolpes cromado de un Fairlan. Ese gesto inmutable que me hace pensar en el gringo Foster.

La anécdota la había escuchado muchas veces pero la primera vez que se me volvió imborrable fue en el casamiento de Kieffer. El Viejo y Pajarito siempre partían de un centro común. Había algo incuestionable en eso. Era como marcar los límites de una cancha. Todo lo demás sí podía ser cambiado. Pero ese centro, ese carozo, además, permitía el juego. Con el tiempo me di cuenta de que volver una y otra vez sobre esa historia (Luna y las vueltas a la plaza España en el otoño del 53) era una manera de reforzar la amistad, profunda, que existía entre Pajarito y el Viejo. El carozo, entonces, es la plaza España, sentenció el Viejo, como si esa fuera una forma de repartir las cartas. La gente bailaba, en el quincho principal, hundida en una música que retumbaba con estridencia. Y ellos, afuera, mirando las estrellas, tomaban vino blanco. Había una jarra con cubitos en el borde de la piletta. Y cuando los descubrí recién empezaban a debatir sobre las vueltas de Luna. Entonces me fui acercando sin hacer ruido y terminé sentado en el borde de la piletta, oyendo la discusión y jugueteando con la pinza filosa, hundida entre los hielos.

El gringo Foster una tarde apareció en el horno de Bustos. Hacía un calor tremendo, dicen. Bustos lo atendió abajo de una planta, como atendía a la gente que aparentaba

tener guita. Es decir, a cualquier negrito que asomaba la jeta en el horno podía llegar a pisarlo. Pero a este, que era rubio y había ido a comprar ladrillos para construir una iglesia en Suipacha, lo atendió como si fuera el gerente de un banco. La operación se acordó. Y un mes después, este gringo entró en el horno con un camión que tiraba un acoplado inmenso, el Bedford de Bustos era chico para trasladar semejante cantidad de ladrillos. Entonces Bustos ordenó que tres de sus empleados viajaran hasta Suipacha para descargar el camión, como una atención, dijo. Uno de los tres era Luna, que viajó en la cabina con el chofer y el gringo ese. Ahí, parece, y en este punto hay acuerdo, comienza todo. Carlitos Luna parecía un jockey, por lo flaco. Había llegado de Santiago del Estero en el año 48, con un hermano. Laburaba en el horno pero, cada noche, antes de dormir, se imaginaba (eso lo cuenta en *La Verdad*, parece, decía el Viejo) trepando los Alpes con la camiseta amarilla. Cada vez que en el cine Español pasaban los noticieros y mostraban imágenes del *Tour de France*, Luna sentía que en el pecho le andaba algo extraño, una ondulación inexplicable. Después, empezó a ir al cine sólo para encontrarse con esas imágenes que apenas duraban dos o tres minutos. Las películas nunca le importaron. Es más, una vez, como el noticiero no pasó nada de lo que esperaba, antes de que arrancara la película empezó a caminar, a oscuras, por el pasillo. Iba a contramano del mundo. Se iba cuando todos empezaban a sentir el confort de la butaca y la expectativa de la película. El león de la Metro rugía y Luna atravesaba el cortinado bordó. La luz de la tarde. La cara del acomodador. El silencio de la calle. Y esas ganas, inexplicables, de trepar en bicicleta los Alpes. Parece que Foster supo eso mientras viajaban a Suipacha, en la cabina del camión. Le vio a Luna la emoción en los ojos cuando hablaba de las bicicletas, cuando le contaba que había largado dos veces en la Doble Bragado, pero nun-

ca había podido llegar. Entonces Foster lo escuchó en silencio. Y, después, una vez que terminaron de descargar los ladrillos, mientras tomaban una Coca-Cola fresca en la plaza del pueblo, el gringo Foster se acercó, con un sombrero de paja, les tiro a los muchachos unos pesos y le dijo a Luna que quería hablar con él. Se fueron a un costado de la obra. Le dijo que él, Foster, se dedicaba también a representar deportistas, por ejemplo, al Pirata Rey Barandilla. Le dijo que le veía condiciones para el ciclismo. Y que, si estaba de acuerdo, podía armarle algunos contactos, llevarlo a correr a algún lugar. Le dio un teléfono y quedaron en verse al siguiente fin de semana. El sábado Luna se tomó La Florida, en la parada de la Norte. Media hora después bajó en la plaza principal de Suipacha. Y lo encontró, con el sombrero de paja, en la obra de la iglesia. Foster parecía el capataz de una estancia. Y no lo había reconocido porque Luna, bien vestido, con toda su oscuridad en la piel, estaba peinado como un cantante de tango. Después de esperarlo un par de horas, charlaron rápido en el café de la esquina. Y ahí mismo, Foster le dijo que había recibido la invitación para una carrera en Rosario y que si estaba interesado tenía que firmar el contrato de representación. Aquí aparecen las primeras diferencias entre el Viejo y Pajarito. Para el Viejo, no hay contrato. Cómo iba a haber contrato entre un gringo como Foster y un empleado del horno de Bustos. Habrán acordado de palabra, pero en ese acuerdo, seguro, quedaron más silencios que arreglos. Pajarito, en cambio, decía que es probable que Foster le haya propuesto un contrato pero que se lo habrá leído por arriba y salteándose partes. En definitiva, dos semanas después –incluso después de fuertes discusiones con Bustos, que amenazaba con echarlo del trabajo– Luna y el gringo Foster viajaron a Rosario. La bicicleta la ponía un *auspicio*, decía Foster. Como no había nada directo a Rosario tuvieron que ir hasta Retiro.

Y de ahí, en tren. Cuando salieron de Buenos Aires empezó a llover. Y no paró durante tres días. La carrera se suspendió. Y la ilusión de Luna se empezó a humedecer, como se derrumban, a veces, los barquitos de papel cuando la humedad les trepa con fuerza desde abajo. Pero antes de regresar, en la pieza del hotel Brisas del Paraná, Luna, mirando el río, un Paraná gris y torrencioso que –no sabía bien por qué– le recordaba a su provincia, escuchó la propuesta que Foster le hacía: Para que te conozcan tenés que batir el récord. Si batís el récord lo que te van a llover son las carreras. Yo me encargo de la organización. Podés llegar a París, se atrevió a decir Foster, con ese tono que usan los profetas cuando dicen sus verdades. Dos meses después, es decir, en otoño del 53, noche tras noche, las piernas depiladas de Luna, bañadas en sudor, giraban, hinchándose, para batir el récord: Pajarito decía de velocidad, el Viejo que era imposible una semana para batir el récord de velocidad, que no tenía, eso, ningún sentido, se trataba de batir la marca de Pier Lacunza, en resistencia –ciento cincuenta horas consecutivas– dando vueltas a la plaza España.



Ahora, el supuesto Foster deja la guitarra porque una tos seca le va trepando con insistencia. La luz del día se estira sobre el salón del bufé. Y hace que la figura del supuesto Foster, en un rincón, parezca la de un villano olvidado. Así que podés llegar a París, susurra el Viejo, sin quitarle los ojos de encima. El supuesto Foster, entonces, se levanta de la silla con dificultad y, poco a poco, va modelando una serie de gargajos espesos que escupe recién cuando entra en el baño. Está podrido, dice el Viejo. Cuando el supuesto Foster sale del baño, el Viejo se para y empieza a caminar para enfrentarlo y comprobar la sospecha. Pero a mitad de camino aparecen en el club dos mujeres –una lleva de la mano a un chico– cargadas con bolsas de verduras y se instalan atrás del mostrador. El supuesto Foster las recibe con distancia, mientras se limpia la boca con el dorso de la mano. Una de las mujeres es grande, como Foster, la otra no llegará a los veinte años y supongo que es la madre del chico. El chico arrastra un auto de carrera sobre las paredes y es el único que nos mira con sorpresa. Por eso el Viejo cambia su destino. Y ahora se para frente al teléfono público que está en la entrada. Piensa o improvisa mientras busca en el bolsillo un papel. Y, después de poner unas monedas, marca, seguro, el número de Sebastián Prado.

La luz del mediodía avanza sobre el cuadro del equipo campeón, colgado en la pared del fondo. Por eso sobresalen algunos cuerpos: los brazos cruzados a la altura del pecho y esas caras serias mirando fijo la cámara. La foto es del año 68. El Viejo vuelve a la mesa sin poder hablar con Sebastián Prado. El teléfono está roto, dice. Las mujeres, atrás del mostrador, empiezan a limpiar. Y el supuesto Foster, silencioso, cruza el bufé llevando de tiro una bicicleta embarrada. Sale como un fantasma. Y en la calle –lo vemos por la ventana– monta la bicicleta y, una vez arriba, se calza

una boina negra que guardaba en el bolsillo del pantalón. Empieza a pedalear, tambaleándose, apenas, y a los pocos metros se estabiliza y agarra ritmo. Entonces el Viejo dice: Yo no sé, pero ese gesto en el pómulo parece inmutable, como los rasgos de un Fairlan.

3. EL CUADERNO

Después de almorzar, el Viejo, sentado a la mesa con un vaso de vino en la mano, dice que la bicicleta está en el patio. Se empina el resto de vino. Y susurra que se va a tirar un rato, a dormir una siestita. El cementerio queda del otro lado, cerca de la ruta. Ahora es una imagen imprecisa. Delgada. Pero pronto tendrá la consistencia de la carne. Cruzo la casa, a oscuras, llevando la bicicleta de tiro. En la vereda, la monto con dificultad. Y empiezo a pedalear. Ahí es cuando descubro la etiqueta de La Vascongada abrazando el caño oxidado. Después, la chimenea de la cerámica se recorta en el fondo de la avenida Güemes. Son las tres de la tarde y el sol ablanda la brea en las juntas del asfalto. Se puede dibujar una línea, casi precisa, sobre el borde chato de las casas. Los frentes, apenas, recortan una sombra, invadida por algún perro. La avenida es amplia. En los bordes hay semillas de cereales. Y cada tanto cruza, en alguna bocacalle, una moto. O una bicicleta. Es la avenida que recibe gran parte del tránsito pesado. Las persianas de las casas están bajas. Y el zumbido de los ventiladores sobre los cuerpos que, en las camas o pelando alguna fruta encima del mantel –el durazno, por ejemplo, dejando esa gota pegajosa que cuesta sacar y atrae a las moscas–, se dejan iluminar, en silencio, por la

luz del televisor. Se abre, ahí, una zona liberada. Hay algo parecido al fusilamiento en todo eso. Hace rato pienso en una escena semejante: contra un tapial. El tapial es bajo. Y detrás se ve ropa tendida, que flota contra un cielo claro. Y más allá el campo, un espejo de agua sobrevolado por teros. Los guionistas de televisión disparan cada día contra esos cuerpos que ahora descansan o terminan de comer fruta –atentos a la semilla o el carozo–, detrás de las persianas cerradas. Hay algo de fusilamiento masivo. Porque las palabras del guionista se desparraman en el aire, como las municiones que se usan para cazar perdices.

Un día Kieffer nos invitó a cazar perdices al campo. La noche anterior dormí incómodo pensando que algo malo iba a pasar. Me desperté temprano. Todavía no había amanecido. Miraba por la ventana la calle oscura, el frente de la peluquería de Vardemann un poco ladeado a la izquierda. Descubrí, esa vez, la tendencia leve del edificio de la peluquería, como si un viento fuerte lo hubiera torcido. Afuera la oscuridad. Y adentro un silencio demasiado incómodo. Entonces me choqué un mueble y el ruido despertó a mamá. Mamá era alta. Y apareció por la negrura de la pieza, con ese camisón blanco. Yo me escondí. Mamá avanzaba, sigilosa, con un zapato en la mano. Ahí pensé que si yo fuera un ladrón y disparara un tiro, estropearía la blancura del camisón. Quién anda, susurró mamá. Y me entregué como un cordero manso. Pero la culpa por pensar en dispararle a mamá la empecé a sentir más tarde, cuando la lluvia interrumpió la cacería (Kieffer suspendió por teléfono, el Viejo dijo que le parecía razonable). La culpa tenía la forma de una piedra alojada en la boca del estómago. La piedra fue creciendo a lo largo del día, hasta que me hundió, por fin, en una noche tormentosa.

Ahora dejo el asfalto. Cruzo ese borde que forma una especie de joroba. Es una región imprecisa en la que conviven restos de cemento con tierra. La zona en donde acaba el hormigón que hace cimbrar los cuerpos, aminorar las marchas, entrar a otro ritmo. Ahí, entonces, la cubierta de la bicicleta comienza a teñirse de rojo. Los restos de la cerámica, desparramados en los pozos, forman un polvo volátil que se expande con levedad. Y es probable que, si ahora miro para atrás, las ruedas estén trazando una línea irregular contra ese polvo. Como cuando tomábamos los montes con Areco y arrastrábamos las ramas en la tierra, para dejar huellas. Son las inmediaciones de la cerámica que descansa, silenciosa, bajo el sol del verano. La chimenea traza una sombra contra el campo. Y en el lomo frontal sostiene algunas letras que recuerdan su nombre: *María Juana*. El chirrido de las cubiertas hace sobresaltar a algunos perros, escondidos en las pilas de leña que están en un rincón del edificio. Apenas, de refilón, me da la impresión de ver a un tipo, adentro, sentado en una silla. A veces, a la madrugada, cuando el viento venía del sur y se arrastraba buscando la zona de la Glaxo, se oía cómo un silbido desesperado y vibrante llamaba a los obreros a meter mano en el barro, a modelar ladrillos que forman paredes (según las noches, confundíamos el silbido de la cerámica con los trenes de carga que pasaban por el ramal Sud). Y a esa hora de la madrugada, entonces, los obreros terminaban de cruzar los descampados, las quintas, con el sabor del sueño todavía en los ojos. Terminaban de llegar para mantener en funcionamiento la maquinaria que no paraba, que necesitaba el fuego constante en los hornos y largar ese leve humo, trepando, por las paredes oscuras de la chimenea. Y salir torcido, según el viento, y dibujar, así, un límite preciso entre el pueblo y el campo.

Después de la cerámica y de algunos ranchos, el monte empieza a tejer una trama verdosa que se estira y encierra, por momentos, al camino; lo va cubriendo como una techumbre espesa; a diferencia de un arriero que le echa el cuerpo a sus ganados, empujándolos para que no pierdan la huella, el monte forma sobre el camino una especie de bóveda húmeda y agujereada que lo invade, lo asfixia en sus costados. Cada tanto brota un sendero quebrando el monte. Un sendero breve, que viborea como esos riachos que mueren pronto, no muy lejos del cauce original. En los mapas se les ve esa muerte abrupta. Pero igual dan ganas de hundirse por ahí. De seguir el recorrido anónimo y súbito que ofrecen.

Entre los montes, fragmentada por el follaje, aparece el perfil de una casa. La humedad la penetra. El Viejo dijo que el cuerpo de Pajarito había aparecido enfrente del criadero de Gestoso. En esa zona, dijo, hay unos ligustros muy verdes que rodean una casa. Las señales están desparramadas en el terreno. Son evidentes. A la derecha, el rancho rodeado de espesura. Y, enfrente, a la izquierda, los galpones modernos, un chalet a cincuenta metros y un auto rojo detenido bajo el sol. El cuerpo de Pajarito apareció hace dos noches en alguna de estas zanjas. Por eso me bajo de la bicicleta y empiezo a caminar, a explorar la zona. El camino termina, después de cruzar las vías, en el cementerio. Contemplo, así, los criaderos de Gestoso, el chalet, el auto rojo bajo el sol. En el silencio brotan rumores. Algunos pájaros que aletean entre las ramas. El estruendo de alguna motosierra que viene del monte. De las podas. Se oyen gritos y ramas que se resquebrajan. La motosierra atraviesa el aire. Ahora un tipo sale de uno de los criaderos. Tiene un sombrero de paja. Camina concentrado. No mira a los alrededores. Camina con el apuro que

impone una orden que debe ser cumplida. Busca el chalet. El sol le pega fuerte en la cabeza. Se lo ve inquieto antes de tocar el timbre. Por lo tanto debe ser un empleado, un empleado que no acostumbra a tocar el timbre en el chalet y menos a entrar a la casa. Debe haber surgido algún problema. Y le ordenaron consultar con el encargado, algún miembro de la familia Gestoso, interrumpir lo que estén haciendo, la siesta, por ejemplo, y tocar el timbre. Nadie abre la puerta. El tipo, tímidamente, ahora no toca el timbre, elige, mejor, golpear la puerta con los nudillos. Tal vez para no parecer insistente. Mira en torno a la casa. Estira la mirada por si alguien se asoma. Pero no pasa nada. Nadie le responde. Entonces el tipo regresa. Desanda el camino hasta el criadero. El sombrero de paja es pequeño y no le cubre la cabeza. Por eso el sol le golpea la otra mejilla. Después, el criadero parece tragárselo. Y solo quedan refulgiendo los galpones, en línea; el chalet, secreto y silencioso; ese rugido que viene del monte. Y el auto rojo, solitario bajo el sol.

La voz, ahora, brota de la espesura. Alguien habla detrás del ligustro. Es la voz de un hombre mayor. Lo veo en fragmentos. El hombre pregunta si soy policía. Le contesto que no. El cuerpo craquelado insiste. Le pregunto, entonces, si en esta zona, hace dos días, hubo un accidente. Si no encontraron a un hombre muerto, por acá. El hombre, claro, vuelve a preguntar, con el mismo tono, si no soy policía. Le digo que no, le cuento cuál es el vínculo que tengo con Pajarito; relato, y me sorprende escucharme decir eso, la forma de mi viaje. El hombre hace un silencio. Se oye, otra vez, el rugido de la motosierra en el monte. Yo no vi nada, dice. ¿Pero fue por acá?, digo. El hombre camina entre las hojas, se oye ese rumor seco, y después contesta: Ahí donde usted dejó la bicicleta. Yo llamé a la

policía, dice. Escuché voces y después los perros. Los escuché tan cerca que pensé se habían escapado de enfrente. ¿Qué es lo que hacen enfrente con los perros? Un criadero del hijo de Gestoso, dice. Usted es policía, insiste. Miro la casa. El penacho de la chimenea que trepa por encima de los árboles. Y una luz débil, ahí, revotando en el borde de las cosas. Los perros se escuchaban clarito, dice el hombre. Cuando viene el viento de la cerámica trae los ladridos que se meten adentro y parece que los perros están en la casa, dice. Pero el otro día no había viento. Y más bien la noche estaba quieta. Por eso pensé que se habían escapado. Y tuve miedo, dice. Salí mucho rato después. Cuando sentí el silencio de nuevo. Salí con la linterna y encontré la moto por un lado y el cuerpo del tipo en la zanja. Parecía muerto porque no se movía. Ahí fue, dice. ¿Y entonces llamó a la policía? Sí, después. Un rato después, dice. Y usted, ¿qué es lo que cree que pasó con los perros? Yo no vi nada, dice el hombre. Y todo lo que le cuento se lo conté a la policía. Yo no vi nada. Entonces se queda en silencio. Repite que fue ahí. Y después empieza a arrastrar algo por debajo del ligustro. Hace fuerza para que se deslice. Parece un cuaderno. Cuando asoma un poco, lo tomo. El hombre dice que no quiere tener nada que lo comprometa y, además, cree, a mí me va a servir. Dice que lo encontró entre los pastos, cerca de la moto. La policía no lo vio. Dice que no quiere compromisos. Después vuelve el silencio. Y el hombre, craquelado, se va perdiendo de vista –como se pierde de vista un avión en el cielo– entre la frondosidad del monte.